

RiMe

Rivista dell'Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea

ISSN 2035-794X

numero 7, dicembre 2011

Escribir en una lengua que sostiene fantasías
construídas en otra

Francesca Gargallo

Direzione

Luciano GALLINARI, Antonella EMINA (Direttore responsabile)

Responsabili di redazione

Grazia BIORCI, Maria Giuseppina MELONI, Patrizia SPINATO BRUSCHI,
Isabella Maria ZOPPI

Comitato di redazione per il Dossier «Incontri e dialogo tra Italia e Messico: la doppia prospettiva storica e culturale»

Emilia del Giudice e Michele Rabà

Comitato di redazione

Grazia BIORCI, Maria Eugenia CAEDDU, Monica CINI, Alessandra CIOPPI,
Yvonne FRACASSETTI, Raoudha GUEMARA, Maurizio LUPO, Alberto MARTINENGO,
Maria Grazia Rosaria MELE, Sebastiana NOCCO, Riccardo REGIS,
Giovanni SERRELI, Luisa SPAGNOLI

Comitato scientifico

Luis ADÃO da FONSECA, Sergio BELARDINELLI, Michele BRONDINO, Lucio CARACCILO,
Dino COFRANESCO, Daniela COLI, Miguel Ángel DE BUNES IBARRA, Antonio DONNO,
Giorgio ISRAEL, Ada LONNI, Massimo MIGLIO, Anna Paola MOSSETTO, Michela NACCI,
Emilia PERASSI, Adeline RUCQUOI, Flocel SABATÉ CURULL, Gianni VATTIMO,
Cristina VERA DE FLACHS, Sergio ZOPPI

Comitato di lettura

In accordo con i membri del Comitato scientifico, la Direzione di RiMe sottopone a *referee*, in forma anonima, tutti i contributi ricevuti per la pubblicazione

Responsabile del sito

Corrado LATTINI

Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea: Luca CODIGNOLA Bo (Direttore)

RiMe – Rivista dell'Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea (<http://rime.to.cnr.it>)

c/o ISEM-CNR - Via S. Ottavio, 20 - 10124 TORINO (Italia)

Telefono 011 670 3790 / 9745 - Fax 011 812 43 59

Segreteria: segreteria.rime@isem.cnr.it

Redazione: redazione.rime@isem.cnr.it (invio contributi)

Indice

Piero Fois	
<i>Il ruolo della Sardegna nella conquista islamica dell'occidente (VIII secolo)</i>	5-26
Matteo Binasco	
<i>La comunità irlandese a Roma, 1377-1870.</i>	27-44
<i>Lo status quaestionis</i>	
Maurizio Tani	
<i>Per una storia dei rapporti culturali e artistici tra Italia e Islanda</i>	45-82
Lilian Pestre de Almeida	
<i>«Emerentia 1713», de Corinna Bille: récit problématique et secret ou une poétique de réécriture de l'oralité traditionnelle et des images archaisantes</i>	83-104
Maurice Jackson	
<i>Carlo Botta: A Foreigner's View of the American Revolution</i>	105-133

Dossier

Incontri e dialogo tra Italia e Messico: la doppia prospettiva storica e culturale

a cura di

Patrizia Spinato Bruschi e Ana María González Luna C.

Ana María González Luna C., Patrizia Spinato Bruschi	
<i>Encuentros y diálogo entre Italia y México: la doble mirada histórica y cultural</i>	137-145
Homero Aridjis	
<i>Dante para poetas</i>	147-149
Gabriela Vallejo	
<i>Atisbos sobre la imprenta italiana en la Nueva España en el siglo XVI</i>	151-160
Michele Rabà	
<i>Conquistati e conquistatori. L'espansione spagnola nella penisola italiana e in Messico nella prima età moderna</i>	161-175
Luisa Pomar	
<i>L'immagine del Messico nel «Costume antico e moderno» di Giulio Ferrario</i>	177-192

Indice

Massimo De Giuseppe, <i>Missionari e religiosi italiani in Messico tra porfirato e rivoluzione: documenti dal vicariato apostolico della Baja California</i>	193-230
Franco Savarino <i>Le relazioni fra l'Italia e il Messico tra le due guerre mondiali</i>	231-247
Hilda Iparraguirre <i>La experiencia de Ruggiero Romano en la historiografía italiana en torno a México</i>	249-257
Ma. Alicia Puente Lutteroth <i>Percepción nueva de una misma realidad, construcción de una respuesta colectiva. Relaciones Italia-México, una mirada desde Cuernavaca (1960-1990)</i>	259-273
Ana María González Luna C. <i>México como etapa de una búsqueda espiritual en la escritura de Carlo Coccioli</i>	275-287
Maria Matilde Benzoni <i>Italia-Messico. Profilo storico di un incontro a distanza (secoli XVI-XXI)</i>	289-308
Irina Bajini <i>Los Calvino y México</i>	309-318
Silvia Eugenia Castellero <i>Travesía México-Italia en tres tiempos</i>	319-323
Francesca Gargallo <i>Escribir en una lengua que sostiene fantasías construídas en otra</i>	325-331
Cándida Elizabeth Vivero Marín <i>Influencia italiana en algunas narradoras mexicanas contemporáneas</i>	333-342
Giuseppe Bellini <i>Homero Aridjis y Cristóbal Colón</i>	343-349

Escribir en una lengua que sostiene fantasías construídas en otra¹

Francesca Gargallo

Garibaldi no fue un general, es un pastelillo de chochitos de azúcar. La pasta se come en ensalada. El jitomate es mesoamericano, pero en Nápoles ha encontrado su verdadera casa. Diego Rivera reinventó los frescos renacentistas para dar publicidad al mestizaje mexicano. En la revolución de 1910 hubo tres generales y ocho coroneles italianos. Tina Modotti fue la primera fotógrafa de la feminidad del Istmo de Tehuantepec. Pani fue el arquitecto que dio mexicanidad a los conjuntos habitacionales del nacionalismo petrolero posrevolucionario. A Sergio Leone, México se le figuró como la tierra donde ubicar la música más dulce para subrayar los hechos más violentos del cine de los años 1960 y 70. Desde la vida cotidiana, no sé qué más decir de la relación entre México e Italia.

Sin embargo, yo, que nací siciliana, pero soy una escritora mexicana, escribo en el específico castellano que se habla en el centro de México, aunque coqueteé con todas las palabras que aprendí ahí y provenían de hablantes refugiados de Centroamérica, Chile y Argentina en la década de 1980. Escribo en una lengua que es a la vez culta, universitaria, propia de libros de historia y filosofía, y popular, mezcla de dichos, insultos, cancioneros, refranes y sabiduría de cantina y mercado. A ella agrego fantasías, recorridos que son visualizaciones de tierras y personajes – para mí realidades indisociables –, y antiguas rabietas, deseos y rebeliones que se gestaron en mi mente y mis sentidos desde antes de ese diciembre de 1979 en el que aterricé en México para no volver a irme.

México cuando llegué a él era una fantasía.

También la Nicaragua de Sandino donde me dirigí apenas toqué tierra americana. Y ni hablar del Chile de Allende que me describían con nostalgia amigas tristes y fuertes en la casa que el gobierno mexicano había regalado a los refugiados del desdichado país del sur que intentó una vía propia al socialismo. Esas fantasías estaban fuertemente ancladas a la historia reciente del siglo XX americano: la revolución mexicana, con todo y su guapísimo héroe indígena e incorruptible, un Zapata de cine y literatura, la resistencia a las

¹ Texto presentado en la Feria del Libro de Guadalajara el 3 de diciembre de 2008.

invasiones norteamericanas de Centroamérica, el histórico discurso de Allende defendiendo a La Moneda mientras Pinochet la mandaba bombardear, pero las había construido en italiano sobre mi primera decepción política en Italia.

Hoy podría decir que escribo desde una lengua todavía más híbrida, porque no sólo mezcla la función del recuerdo con la de la creación, sino porque entrecruza la síntesis típicamente itálica de la prosa de novela corta y relato con la narrativa latinoamericana de largo aliento. A diferencia de la mayoría de las y los escritores italianos, por ejemplo, no soy una hacedora de cuentos, más bien si algo mío termina en cuento es porque aborté una novela, pero a diferencia de las narradoras y los novelistas latinoamericanos mis novelas son cortas, escuetas, abominan del barroquismo caribeño, le huyen a la concatenación de imágenes colombiana, rehúyen del especificismo mexicano, psicologizan desde los hechos, pretenden ser concisas y luego se dejan ir en imágenes sintéticamente poéticas.

De los escritores italianos en México, Carlo Coccioli, muerto hace poco, era mi opuesto en la construcción de las frases, aunque quizá desde un punto de vista de política sexual y ecológica el más cercano, mientras con Gutierre Tibón compartía el arrobamiento perpetuo por la posibilidad de explicar el mundo desde otro ángulo que el del eurocentrismo, pues vivía enamorado del Zócalo de la ciudad de México y el aguacate, la tortilla y las tecnologías mayas, los pasos en el desierto y la complejidad de la arquitectura mesoamericana. No obstante, su fuga del eurocentrismo, como la mía, suponía el reconocimiento y la denuncia del sistema educativo y la producción cultural que nos había formado. En el amor, entendido también como preferencia, teníamos muy claro qué era lo que abandonábamos para amar lo nuevo.

Marco Perilli, que desembarcó a estas tierras mucho después que yo, y desde un norte alpino que a mí siciliana y totalmente enamorada del sol que quema la piel también me sabe a mito, aunque quizá a mito negativo, a primera guerra mundial y a bárbaros con hacha, es el más delicado de los italianos que han escogido México como tierra y ambiente para dar vida a sus amores: físicos, culturales, mentales y carnales. Como verdadero dantista, cual es, supone los sueños de unas tijerillas y el sonido de un paso en vocales suspendidas y elegantes, es un constructor de imágenes, un poeta de prosas cortas y esenciales, un hacedor de objetos preciosos. No me sorprende que nunca haya cambiado de idioma, prefiriendo asumir que toda literatura es traducción y quehacer artesanal de transmisión de sentidos que cambian de boca en boca,

de lectora a lectora, y no sólo por motivos de lengua y nacionalidad. Fabio Morábito, en cambio, con su contundente imaginación poética es un verdadero latinoamericano, sus versos son tan claramente contruidos desde la solidez del idioma castellano, híbrido desde su propia gestación, como los de Sor Juana, Huidobro, Vallejo o José Gorostiza.

Claro, no ocupándome yo de literatura sino de historia de las ideas, leo por placer y no por estudio, así que no he leído más escritores italianos en México que los que acabo de citar, y he leído pocas referencias a México en la literatura italiana, el mole poblano de Ítalo Calvino, la revolución por pasión de Tina Modotti descrita por Pino Cacucci, quien también describió un "mexican curious" de playa oaxaqueña que me cayó muy mal por excluyente, algo sobre Puerto Escondido, y algunas referencias a la revolución mexicana de 1910 y al levantamiento zapatista de 1994. Todas ellas, sin embargo, me llevaron a recordar que para mí el México que hoy es mi único país, el país donde volví a nacer, según lo reporta un personaje del puertorriqueño González que afirmaba que las mujeres nacemos dos veces, al abrir los ojos y al parir a nuestras hijas, el país donde me la juego política y culturalmente en la formación de estudiantes universitarios, para mí México fue un país anhelado desde antes de conocerlo, un país donde ubicar mi deseo de libertad previo a él, y por lo tanto un país inventado desde una lengua que él no habla.

Por ello quizá quiero ahora mencionar una palabra en italiano sumamente liviana, que en mis oídos sigue sonando como un brinco, como una repentina mañana de sol en el mes de abril: "ragazza", muchacha. Deriva del árabe "ragaz", bailarín.

En esa lengua, como en muchas otras aunque no de forma tan explícita, la juventud y la danza se asocian, convirtiéndose en una categoría de lo humano que nada tiene que ver con la triste y pseudocientífica palabra adolescente. De hecho, en mis fantasías de escritora, una "ragazza" y un "ragazzo" son personajes felices; ninguna autora les negaría alguna cuita de amor, pero los haría capaces de ir en bicicleta de un pueblo a otro, de buscar una vestimenta que ponga en evidencia un cuerpo que se individualiza en el deseo, de estudiar y sobre todo de desplazarse por la vida sobreponiéndose a los horrores de la guerra, las ambigüedades de los designios adultos, las traiciones de la política. Como gotas de rocío en las hojas de un olivo, los "ragazzi" pueden caer al suelo, pero brillan en el instante que están en el aire como esos bailarines de pueblo capaces de sentir la música desde la planta de los pies.

Yo siento mucho que haya tan pocos "ragazzi" en la vida cotidiana de las ciudades, sólo tristes adolescentes vestidos como ejércitos de uniformados multicolores y sufrientes de faltas que endilgan como culpas a los demás. O habitantes de tribus urbanas que se masacran entre sí.

Yo fui más una adolescente que una "ragazza", de hecho bailo muy mal y la música, a menos que no esté tocada en vivo o que salga de un aparato ubicado lejos de mi estudio, me molesta. Más bien, me satura. Detesto desde siempre las tiendas departamentales por muchos motivos políticos, económicos y de trato vital, pero temo que uno de los iniciales proviene del malestar infantil por su música idiota, constante y mamarracha, que me llevaba a visualizar señoras con el pelo recogido, la sonrisa congelada, el perfume por encima del vestidito de seda con el cual salían a la calle, mientras manoseaban camisetas de nylon al son de violines, se probaban zapatos con un fondo de Mozart electrónico y no veían a nadie, ni a la vendedora, convertida en empleada y por lo mismo despojada de personalidad, ni a las demás infelices de su hato empujado por el pastor mercado.

Cuando en los años setenta, desde una izquierda más bien libertaria, una serie de "ragazze" se convirtieron en feministas, yo me acerqué a ellas porque no vestían extraños sostenes que dibujaban tetas puntiagudas bajo sueteritos de angora. Sobretudo no se teñían el pelo y eran lujuriosamente morenas, como la verdadera humanidad, como la humanidad que redescubrí en México después de muchos años de maltrato y groserías romanas. Esas feministas hermosas usaban ropa que recordaba comodidades de bailarina en calentamiento o de nadadora invernal tras la cruzada del canal de la Mancha. Unas pintaron sus bicicletas de rosa, otras exigieron entrar a estudiar ingeniería, todas nos empezamos a reunir. Fui "ragazza" con ellas, di brincos tan osados que ningún bailarín pudo recogerme jamás.

Nuestra actividad principal era darle nombre a todas las cosas que nos rodeaban, a todas las relaciones sociales, a nuestros sentires, malestares y felicidades. Como Adán en el paraíso, las feministas íbamos nombrando la vida guiadas por la divinidad, sólo que ésta era colectiva, era un Nosotras escrito con mayúscula. Todas teníamos historias terribles que recordar, en Italia como en México, y en Nicaragua, Chile, Cuba: padres violentos, miedos en la calle, acosos en las escuelas, denegaciones de trabajos, ofensas, obligaciones, pero a la par todas teníamos ganas de brincar. Y de hacerlo sin una acartonada coreografía que nos pretendía objetos en las manos de hombres que nos lanzaran, nos recogieran, nos dieran vueltas. Bailar

como brujas una música de aquelarre, con unos címbalos de toque más antiguo que el del saber que se aprende en escuelas organizadas para el orden capitalista del mercado y las familias consumidoras de los hombres. Bailar como rarámuris en la cima de las montañas de Chihuahua, bailar como chichimecas en un mitote de resistencia hasta la muerte. Éramos las más rebeldes, porque dejamos de creer que la modernidad era algo bueno.

Yo escribía desde siempre, es decir desde que en primero de primaria me obsequiaron el instrumento de mi expresión resumido en unos signos con los que todo puede decirse. Pero hasta el feminismo escribí mi tristeza de niña mayor en cuentos donde la única luz era el deseo de quedar huérfana, o poemas adolescentes a hombres que no existían y encarnaban a la vez el deseo y su rechazo. De hecho, hasta mi experiencia feminista a los diecinueve años, lo único realmente feliz que escribí fueron unos versos a una compañera de escuela que a los trece años aparecía como una hada por la ventana del salón de química que daba al jardín. Sus pasos, la esbeltez escurridiza de su figura, su larga trenza negra que descansaba en una espalda recta provocaron emociones que desgraciadamente cayeron en manos de una monja que me reportó a la dirección y ésta a mis padres y éstos a un encierro sin cuadernos ni lápiz que me impulsó a escribir con los dedos sobre el polvo y con una pluma imaginaria en el aire.

Cuando conocí a las feministas, me gustaban los hombres, pero no los soportaba, y a los pocos que amaba no los deseaba, pero ellos se sentían ofendidos de que yo quisiera ser "sólo" su amiga. Las otras "ragazze" eran infinitamente más inteligentes que los hombres y yo siempre he sido dominada por la pasión por la inteligencia.

Con ellas cambió el repertorio de mis lecturas, aprendí a moverme por las calles sin miedo, recuperé deseos de viajar enterrados desde las amenazas familiares, pero sobre todo me sentí libre de estudiar lo que quería, de buscar sin la obligación de encontrar, de desplazarme por el saber y de escribir desde otro lado, uno que inventaba sobre la marcha, con lo que caía en mis manos y lo que inventaba la caldera de mis pensamientos. Empezaron a nacer personajes reconstruidos con partes de Safo y de Simone de Beauvoir, de Carla Lonzi y de Sor Juana, de fantasías cósmicas y críticas existencialistas, de danzas brutales despertadas como la primavera por las estridencias de Strawinsky y deseos carnales. Personajes que dejaban sus casas, que si sufrían lo hacían hasta el fondo, que se recuperaban de los golpes de la vida, que morían con toda su gente en el intento.

¿Era un acto de felicidad escribir en ese entonces? No creo que más que ahora, aunque la danza feminista ha sido horriblemente coreografiada por mujeres que repiten el patrón de la masculinidad. No creo que menos que ahora, aunque con la edad la conciencia de la muerte y la pérdida se vuelven experiencias tangibles.

Escribir sigue siendo para mí una necesidad, y como tal un empuje y un límite; a la vez, deseo, horizonte, vuelo y ansiedad, dolor, dificultad. A la vez uso de la lengua hablada y reinventada en el habla, y construida desde fantasías que incorporan sonidos del pasado. No puedo hacerlo sin mi cuerpo de mujer que me lleva a experimentar imaginaciones y realidades, a visualizar el horror de la destrucción de la madre tierra como si cada espantosa carretera asfaltada fuera una costra sobre mi propio cuerpo, a imaginar relaciones sin violencia, tan placenteras como una taza de té por la mañana temprano.

Claro está que escribir es también frustración.

Y voy a hablar de la frustración. Yo sí estoy convencida que sin el empuje inicial de algo que a falta de mejor palabra llamaré inspiración no hay escritura, es decir que sin el impulso de narrar una historia que como un pelotazo cruza frente a tu puerta no hay motivos para ese entrenamiento cotidiano, constante, esforzado que es la escritura en sí. Ahora bien, la inspiración viene del vacío, de la libertad del tiempo, del aburrimiento que empuja a la fantasía. Y yo pude vivir eso en México, por años, y pretendo volver a hacerlo en México, no en otro lado.

Para inspirarme yo necesito de tardes sin nada que hacer, de silencio, del inmenso correr del viento sobre las rocas y las arenas de desiertos que desde San Luis Potosí hasta Coahuila se expanden frente a mi vista, del sonido de los pasos sobre la tierra de Zacatecas. También la mar sirve, siempre y cuando no sea imaginada como una frívola playa de veraneo: yo no sé imaginar infierno peor que Cancún, por ejemplo. Y lo digo en sentido personal y ecológico, porque ya no puedo separar los dos niveles de comprensión.

Carecer de ese tiempo libre que nace de la no imposición de deberes autoasumidos es lo que más añora mi deseo de escribir. Es donde hoy encalla la palabra sin inspiración. Donde mi cuerpo detiene el orgasmo de la fantasía para embridararlo en la parcelación del tiempo de clases, de ensayos académicos, de presentaciones de libros, de conferencias.

Creo que la escritura es deseo y, por lo tanto, política. Política de la vida enfrentada al *status quo* del determinismo. La escritura es

además instrumento de recuperación de lo vital, lo histórico entendido como una decisión colectiva que puede desviar el rumbo de lo previsto desde el poder. Por ello, jamás pensaré que la frustración de una escritora está en no poder vender su obra a editoriales que se parecen a tiendas departamentales con su nauseabunda musiquita de fondo: por el pasillo número uno ciencia ficción, en el dos novelas de amor con todo y compact disc, los clásicos en el cuatro, cinco y seis. Contaré por qué salí para no volver de una de ellas: la directora de ventas a rajatabla espetó que a ella no le importaba si escribía yo bien o mal, porque me convertiría en un personaje que vende de cualquier forma.

No, la frustración no está en la denegación de la fama como capacidad de mercadeo. Es estropeo del derecho al tiempo para imaginar. Es falla del deseo. Es ese desengaño por la vida que te invade cuando la noche te alcanza en el metro de regreso a casa sin haber hecho otra cosa que trabajar, cuando has escuchado las excusas de decenas de estudiantes tan hartos como tú del reloj y de los gastos de colegiaturas, comidas escolares, vestimentas juveniles, cuando vives la responsabilidad no como una forma de amor y libertad sino como una dictadura.

La frustración que como escritora vivo al no poderme dormir con las gallinas y despertar con el sol (yo soy un ser totalmente diurno, obligado por glamour y socialidad a desvelarse) es distinta a la de mis madres y abuelas, pero puede llegar a callar mi boca como lo hizo con las suyas. La prisa occidental, eso es la simbólica del reloj, de la compra de diversión, del consumo de originalidades, de la rapidez como sinónimo de una belleza convertida en prueba de eficiencia, es el nuevo instrumento del mercado global para golpear por igual a las artistas, las campesinas y las madres, denegándoles el tiempo de la duda, la prueba y los afectos que es el tiempo necesario para de repente levantarse y dar un brinco de "ragazza", de bailarina de la vida.

